

la casa de José, el carpintero. La sobriedad de los Evangelios no nos da el menor detalle; pero los que conocen el corazón de las madres, sospechan las emociones divinas de la Virgen, en la víspera de dar á luz á Cristo. Las madres terrestres se agitan en la onda de sus sueños, interrogando con ansiedad al porvenir misterioso. La madre de Jesús tenía esperanzas infinitas de las que nada podía disminuir la plenitud ni turbar la serenidad.



CAPITULO III.

LOS ORÍGENES DE JESÚS: DESDE SU NACIMIENTO HASTA
LA VUELTA DE EGIPTO.

Un hecho nuevo en la historia de la Judea, hacia el año 747-749 de Roma, puso en movimiento á toda la población del pequeño reinado de Herodes, de las provincias orientales y de los diversos Estados aliados ó tributarios del Imperio.¹

Augusto había recibido del Senado, por diez años, la renovación de su mandato imperial. El acaba de cerrar el lustro (746). El habla empadronado á los ciudadanos romanos, aun en las ciudades que tenían el derecho de ciudadanía como Antioquía, Beryta en Siria y Tarso en Cilicia. Por la tercera vez, las puertas del templo de Jano habían sido cerradas. Jamás, en el Imperio, la paz había sido más completa y universal. El señor del mundo la empleó con provecho; hizo su inventario, como un simple propietario opulento; y como un arrendatario

¹ Véase el Apéndice A: *Cronología general de la vida de Jesús*, § 1º *El empadronamiento de Quirino*.

económico, avisado, mide sus tierras; enumera sus súbditos y aliados, regulariza el calendario, anota sus recursos en un libro de cuentas que ha llegado, hasta nosotros, por fragmentos. Ha ordenado el empadronamiento de todos los habitantes de las provincias y de los reinados aliados ó vasallos. La Judea, gobernada por Herodes, está sometida al edicto imperial.

Se ha querido negarlo. La crítica nada ha economizado para sorprender en flagrante delito de anacronismo á San Lucas, ¹ el único autor que ha mencionado ese empadronamiento de las provincias y de la Judea. La historia imparcial no sabría seguir á los que objetan el testimonio del tercer Evangelio.*

El reino de Herodes ha sido empadronado. Este rey complaciente, cuya política no perdonaba jamás la ocasión de halagar á Augusto, se guardó bien de desobedecer al señor: se dió orden á todos los judíos de inscribirse, cada quien en su lugar de origen, y de prestar juramento de fidelidad á César y al Rey.³

Este fué el motivo del viaje de José y de María, á Belem. José era oriundo de la pequeña ciudad; ⁴ legalmente ahí debía ser inscrito. Uno y otro vieron sin duda el dedo de Dios en el hecho imprevisto que les llevaba al lugar mismo en donde, según los profetas, debía nacer el Salvador de Israel. A pesar de su embarazo avanzado, á pesar del invierno y las fatigas de un largo viaje, María siguió á José.

La distancia de Nazareth á Belem es de tres á cuatro jornadas de camino, tomando la ruta directa á través del valle de Jizreel, las montañas de Samaria y de Judea, por Guinea, Bethulia, Sichem, Letonah, Béthel, Tell-el-Ful, Jerusalem y el valle de Rephaim. Las caravanas ahí se suceden sin interrupción. Las gentes del pueblo van á pie; pero es raro, en

¹ Luc., II, 12.

² Véase el Apéndice A: § 1°

³ Antiq., XVII, 2, 4.

⁴ Luc., I, 27.

Judea, que un asno no siga á cada familia, el infatigable y sobrio animal vive de poco, él lleva las provisiones, los vestidos y á su amo: esta es la cabalgadura del pobre.

Se hace paradero cerca de los manantiales, á lo largo del camino, á la sombra de algún árbol verde; en la tarde, á la puesta del sol, en la estación de las lluvias, se detienen á la entrada de las aldeas, en la caravana que sirve de abrigo á los viajeros y á las bestias; al día siguiente, á la aurora, se parte, cantando los salmos que hablan de Jerusalem y de la casa de Jehovah, y, de etapa en etapa, se llega al término del viaje.

Así caminaron José y María, acompañados de aquellos á quienes llevaba el edicto de Augusto, como ellos, á Belem ó alguna otra ciudad de Judá.

Belem, ¹ está situada á dos leguas al Sur de Jerusalem por la otra parte del valle de Rephaim, en el mismo corazón de las montañas de Judea. Ella ocupa la cima de dos colinas unidas la una á la otra en forma de media luna. Llanuras profundas la aislan de todas partes; la de en medio—la más fértil,—la Ouady—el—Karroubeh, ensenada por las dos puntas de la media luna, desciende en pendiente rápida y los muros escalonados para retener la tierra, le dan el aspecto de un vasto anfiteatro verdoso, cubierto de viñedos, de olivos, de higueras, de almendros y de algarrobos. El horizonte, limitado al Norte y al Poniente por las montañas que dominan á Belem, se abre espléndido al Mediodía y al Oriente. He aquí el campo de espigas en donde vino á espigar Ruth la Moabita, y muy próximo, el pequeño montículo que tiene á la aldea de Beit-Saur, en donde Booz tenía su era. Más lejos, el desierto de Judá con sus montes estériles, arenosos, parecidos á montones de ceniza gris. El sol dora esta desolación, pero nada germina sobre este suelo devastado. Por detrás,—en un abismo sobre el cual se levanta, como una muralla, la masa azulosa y violácea de las rocas de Moab,—el mar Muerto oculta sus

¹ En hebreo: Beth-Lehem, casa del pan.

aguas azules. Al Mediodía, una montaña solitaria se eleva atrevidamente en un cono: es el Herodión, en donde el viejo rey Herodes quiso ser sepultado y dormir su eterno sueño.

Tal es el pequeño país que vió nacer á David y en donde hoy se estrechan sus descendientes.

Las casas rebosan de gente. El Khan ¹ de la aldea, el "diversorium" de que habla San Lucas está encumbrado. Cuando María y José llegaron, ya no había lugar para ellos; debieron buscar un abrigo en una gruta vecina, en una de esas excavaciones que se encuentran frecuentemente en Palestina, en la falda, sobre el plano de las colinas de calcáreo. Una de ellas se llamaba el pesebre ó el establo; ella estaba situada en la extremidad del país, en la punta que ve á Hebrón y servía de refugio á los animales. Ahí fué en donde se albergaron los dos viajeros sin abrigo, ahí en ese refugio miserable, es en donde va á nacer el hijo de David, Aquel á quien el ángel había anunciado á su madre como el Santo, el Hijo de Dios, el Salvador y el heredero de un trono eterno. Ese hecho, el más importante de la historia, el Evangelio le refiere en dos palabras sublimes de sencillez como si se tratase del último de los Belemitas: "Ahora bien, mientras que ellos estaban ahí, los días del embarazo de María terminaron. Ella dió á luz á su primogénito. Ella le cubrió con pañales. Le acostó en el pesebre, porque ya no había lugar para ellos en la parada."²

Aquella que había concebido en la virginidad dió á luz en la virginidad. El Evangelio lo deja entender; ella no conoció las debilidades ni el abatimiento de nuestras madres. Ella misma es quien recibe á su hijo, ella misma quien le acuesta en su cuna improvisada. La fe cristiana se arrodilló ante esta mujer y el niño que reposa sobre su seno; ella aprendió al mirarles, la dulzura, la pobreza, el sacrificio; ella se ha formado de esta escena inefable visiones siempre nuevas, sin cansarse jamás y sin poder agotar la virtud, el encanto y la belleza.

¹ Lugar en donde se reúnen las caravanas en Oriente.
² Luc., II, 6, 7.

Esto pasó en una noche de Diciembre, en el mes de Tébeth, según el calendario judío, ignorado de todos, sin otro testigo que María y José. La pequeña ciudad, adormecida, no sospechaba el nacimiento de Aquel que, mejor que David, debe immortalizarla. Pero el Espíritu de Dios está en plena efervescencia sobre esta gruta y esta cuna abandonada; ahí va á llevar á sus elegidos.

Toda la iniciativa está en él. A los que él ilumina ven, á los que llama escuchan, á los que no toca permanecen inertes en su inconsciencia y sus tinieblas.

Al fin de Belem, un poco más allá de Beit-Saur, en el mismo valle en el que Booz tenía sus campos de cebada y trigo, en donde Ruth de Moab había venido á espigar, los pastores apacentaban sus ganados.

Los pastores, en Oriente, representan la clase ínfima de la población agrícola; son los criados de los sirvientes. El dueño del campo no trabaja; él tiene sus trabajadores, sus obreros y los apacentadores de sus ganados. Actualmente se les ve con la cabeza cubierta con un largo velo negro, con una piel de borrego sobre las espaldas, con los pies desnudos ó calzados con miserables sandalias, con una pequeña clava de encino ó de sycomoro, en la mano; ellos se relevan de vigilia en vigilia, sentados debajo de alguna roca, al alrededor de grandes fogatas. Desde las primeras lluvias, la tierra en la que más tarde caerá la semilla, se cubre de yerba y de flores, y los ganados viven de sus primeros renuevos.

Ahora, durante el tiempo en que velaban esos pastores de Beit-Saur, una claridad celestial les inundó; espantados, vieron de pie, cerca de ellos, á un ángel del Señor:

—Tranquilizáos, les dijo: vengo á anunciaros una alegría que será grande para todo el pueblo. Os ha nacido, hoy, un Salvador, que es el Cristo, el Señor, en la ciudad misma de David. Vosotros le reconoceréis por esta señal: él está cubierto de mantillas y puesto en el pesebre.¹

¹ Luc., II, 9, 12.

En el mismo instante, grandes voces llenaron el cielo. La multitud de los espíritus, de continuo con el ángel, alababa á Dios y decía: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."¹

El mundo divino se estremece con el nacimiento de Jesús. Nada se ha cumplido aquí abajo que no haya estado decretado allá arriba; los fenómenos terrestres son la repercusión de las causas celestiales é impenetrables. Todo el porvenir, todo el misterio de esta cuna está en estas dos palabras que llenarán el espacio y el tiempo: Gloria y paz, gloria á Dios, paz al hombre. Por lo demás, la tierra que no conocía á Dios, tiene un hijo que va á enseñarnos su nombre y á establecer su reino; la humanidad, entregada á la ley brutal de la destrucción en la lucha por la existencia, va á conocer la ley de la paz, porque ella será regida por la ley del amor.

Los ángeles se alejaron y desaparecieron en el cielo; y los pastores se dijeron:—Subamos hasta Belem. Vamos á ver "esta palabra que acaba de cumplirse" y que el Señor nos ha hecho conocer.

Ellos llegaron, apresurando el paso, y hallaron á María y José y al recién nacido colocado en el pesebre.

Al verle, comprendieron lo que se les había dicho respecto del niño.²

Las almas sencillas iluminadas por Dios tienen la mirada penetrante, ellas adivinan lo que los sabios, con toda su filosofía, no podrían entender. Sólo la fe conoce á Dios y sus designios, la razón los discute con arrogancia: ellos le escapan y la ciegan; ella quiere plegarlos á sus exigencias y á sus estrictas fórmulas: ella muy á menudo termina por negarlos, desfigurarlos ó aminorarlos.

Los pastores regresaron á sus rebaños y refirieron lo que habían visto, se maravillaron de su narración, y ellos glorifica-

¹ Luc., II, 14.
² Luc., II, 15-17.

ron y alabaron á Dios. No parece, sin embargo, que el testimonio de estas pobres gentes haya conmovido á Belem ni turbado la paz y la humildad de la cuna de Jesús. El permaneció desconocido entre su madre y José. Pero María conservaba en su corazón lo que ella entendía; como todas las madres, ella hacía de sus recuerdos un tesoro, una especie de libro interior que ella releía con ternura.

El campo de los pastores subsiste todavía; allí pacen los ganados, en la estación de invierno como en el tiempo de Jesús, bajo los olivos, en las tierras en las que reverdece el mismo césped, en donde florecen las mismas anémonas. El culto nunca ha abandonado este lugar en donde resplandeció el primer brillo de la aurora naciente de Cristo. En la noche de Navidad, los Belemitas acuden á la Iglesia de Helena, de la que no quedan más que ruinas, y en la cripta casi ruinosa, oran á los pastores de Beit-Saour, sus abuelos, que fueron los primeros apóstoles.

Con su largo velo blanco, sentados en grupo sobre los muros derribados, á la sombra de los olivos plantados en su derredor, esas mujeres, vistas de lejos, recuerdan á los seres misteriosos que cantaron en la venida de Jesús. Esta muchedumbre tiene un aire de alegría y de serenidad que se armoniza bien con los recuerdos de que está lleno este campo, con una luz de Oriente que todo lo embellece y da aun á la roca estéril una apariencia de riqueza y de vida.

Al cabo de ocho días, el niño, conforme á la ley de Moisés, fué circuncidado¹ en la misma casa que abrigó á los humildes extranjeros. Verosímilmente, esta fiesta de familia fué una fiesta de pobre. Todo pasó sencilla y obscuramente, no hubo nada de extraordinario sino el nombre profético dado al niño; y todavía ese nombre de Jesús podía parecer un nombre vulgar: otros niños le llevaban. El no tenía todo su sentido divino en

¹ Levit., XII, 3.

Jesús sino á los ojos de la fe, en el alma del padre y de la madre.

El primer nacido de toda criatura viviente, entre los judíos, era ofrecido á Dios; * pagábase por rescatarlo, cinco ciclos de la moneda sagrada ó cien óbolos. Treinta y tres días después de la circuncisión, la mujer que había dado á luz se dirigía al Templo para purificarse; rica, ofrecía un cordero; pobre, un par de tórtolas. †

Para obedecer á esos ritos mosaicos, María y José fueron de Belem á Jerusalem, en el día designado, llevando á Jesús,

Ellos se presentaron, según la costumbre, en el patio de las mujeres, delante de la puerta de Nicanor, al pie de las gradas, en la entrada misma del patio de los sacerdotes, en frente del altar de las oblationes; ahí dieron los cinco ciclos, y María entregó al sacerdote las dos palomas.

Un incidente lleno de interés, una manifestación inesperada, debe aquí relatarse.

El Templo, sus pórticos y sus pasadizos, como hoy las mezquitas, estaban, en las horas del sacrificio y de la oración, llenos de una multitud de gentes que venían á sacrificar, á traer ofrendas, á hacer sus abluciones y recitar el Geullah, ‡ la oración de la Redención.

Entre los Judíos que pedían á Dios acordarse del día del Mesías y de la vida de las generaciones futuras, y que veían, arrodillada ante el altar de las ofrendas á María entregando su hijo al sacerdote, se hallaba un anciano, llamado Simeón. El Espíritu de Dios le había conducido al Templo, en el momento mismo en que Jesús fué presentado. El habitaba Jerusalem, pertenecía á esa clase piadosa que vivía en la fidelidad, en el temor de Dios, y había adoptado por salutación esta frase: ¡Que yo vea el consuelo de Israel! Durante su larga vida él

1 Exod., XIII. 2-12.—Núm., XVIII, 15-16.

2 Levit., XII, 15.

3 Talm., Hieros., Chagiga.

había visto declinar la fortuna terrestre de su país; él era de aquellos á quienes el reino de Herodes, con su paganismo é impiedad, entristecía; pero nada podía sofocar en él la esperanza de libertad. Este es el tipo de la fe ardiente y serena. La vejez se lamenta y se desanima; él guardaba bajo sus cabellos blancos la confianza de las almas jóvenes, no se lamentaba, esperaba. Dios hablaba á su corazón. Una voz secreta le decía que la hora de salvación de Israel estaba próxima, y que él no moriría sin haber visto con sus ojos al Ungido del Señor. †

Una iluminación repentina le reveló que el Salvador era ese mismo niño á quien una mujer pobre presentaba al sacerdote; él le oraba en sus brazos, y, como Zacarías, el anciano fué también profeta.

—Ahora, oh Señor, exclamó, deja ir á tu siervo en paz, según tu palabra. Mis ojos han visto al Salvador que tú has preparado á la faz de todas las naciones, luz que iluminará á los paganos, y gloria de Israel, tu pueblo. ‡

Esa exclamación sublime entró en lo más profundo de la conciencia de los cristianos, como la expresión inmortal de la alegría de los hombres de esperanza que ven en fin con sus ojos el bien en el cual han creído en la longanimidad de una fe indomable.

El padre y la madre de Jesús estaban maravillados al oír hablar de esta manera de su hijo.

Simeón les bendijo, y, muy radiante del espíritu que le animaba, se volvió á María, su madre:

—Mujer, la dije, este niño está destinado á la ruina y á la resurrección de muchos en Israel.—El será una señal de contradicción,—lo que traspasará á tu alma como una espada,—á fin de que los pensamientos secretos sean revelados. §

Este profeta del destino doloroso de Jesús y de los sufri-

1 Luc., II, 26 y sig.

2 Luc., II, 28 y sig.

3 Luc., II, 34 y sig.

mientos de su madre, cruelmente se cumplió. La vida pública del Salvador será, en efecto, una lucha sin cuartel, y su vida de ultratumba en la Iglesia fundada por él en medio de este mundo atormentado, es un largo calvario. Cristo es hoy como ayer, como será mañana, el prodigio de una contradicción. Es preciso estar con él ó contra él, él atrae ó rechaza; él obliga á las conciencias á rebelarse.

Cuando las palabras salidas de una boca humana atraviesan así los siglos, proyectando en ellos una gran claridad, ellas descubren su origen: no es el hombre, es el Espíritu de Dios quien habla.

La voz de Simeón encontró más de un eco entre aquellos que iban y venían por los pasadizos del Templo; la emoción del anciano debió impresionarles.¹

Allí estaba también una mujer de gran piedad, llamada Ana, hija de Phanuel, de la Tribu de Aser. Habiendo enviudado siete años después de su matrimonio, ella se había consagrado al Templo, noche y día, viviendo en la oración y el ayuno. Dábansele ochenta años. Ella fué testigo de la oblación de Jesús, y ella oyó hablar á Simeón del austero porvenir mesiánico del niño. Su alma se iluminó y sufrió la acción divina, ella no cesaba en su oración, y refería á todos los que vivían con la esperanza de salvación, que el Salvador estaba en fin dado á Israel. Mas no parece que esos estremecimientos hubieran franqueado el círculo íntimo de los raros iniciados á los que Dios hizo brillar los primeros rayos de la aurora de Cristo.

Ningún rumor circuló en el pueblo de Jerusalem, nada conmovió el palacio de Herodes y no alarmó al tirano sospechoso. Los jefes de la nación no tuvieron ni una sola mirada respecto á lo que había pasado en el Templo; ancianos y grandes sacerdotes fariseos, y patriotas, soñaban con un porvenir bien diferente de aquel que un anciano profetizaba sobre la cabeza de un niño desconocido.

¹ Luc., II, 36 y sig.

Llenados todos los deberes religiosos, José y María abandonaron á Jerusalem, y regresaron á su país, en Galilea, á Nazareth con Jesús.²

Se estaba entonces en el mes de Schévat, en los primeros días de Febrero. Un proyecto cuyo vestigio vemos claramente,³ había poco á poco madurado en el espíritu de José. Consagrado por completo á su misión de velar por el niño que Dios le había confiado, quiso tratarle como convenía á su destino mesiánico. Un profeta, el Salvador esperado, el Mesías, debía vivir y obrar en el reino de Judá. De los Judáicos es donde viene la salvación, dirá más tarde Jesús á la Samaritana.⁴ La opinión popular, aun entre los Israelitas piadosos, no admitía que el Enviado de Dios, aquel que debía ser la gloria y la salvación del pueblo, ejercía su acción fuera de la tierra de Judá, lejos del santuario nacional al cual todos los Judíos acudían de los cuatro ángulos del mundo y en donde el Dios de Israel residía como en su propia habitación.

¿Por qué José había permanecido con su familia en medio de esta Galilea pagana de la que decían los mejores Judíos: Puede salir algo bueno de Nazareth?⁴ Nada le detenía allí.

El se resolvió á venir á habitar en Judea, cerca de Belem de donde era oriundo, y que debió parecerle predestinado á ver crecer al Mesías, como ella le había visto nacer. La acogida que él había allí recibido, después del nacimiento de Jesús, de los pastores del país y de sus amos le arruinó en su designio; esto fué sin duda lo que motivó, muy poco tiempo después de su regreso á Nazareth, un nuevo viaje á Belem en donde él contaba establecer su residencia. Así, cuando él lleva de Egipto al niño y á su madre, no es á Nazareth á donde piensa volver, sino á Belem, y es preciso una orden de Dios

¹ Luc., II, 39.

² Mateo, II, 22.

³ Juan, IV, 22.

⁴ Juan, I, 46.

para cambiar su resolución; Nazareth estaba predestinada á ocultar á Cristo hasta su vida pública.

En esta segunda residencia, y probablemente hacia el fin de Adar (Febrero-Marzo), algún tiempo antes de la Pascua del año 750, fué donde pasaron algunos acontecimientos de los que el primer Evangelio sólo nos ha conservado el recuerdo, y que arrojan sobre la infancia de Jesús un nuevo brillo, lleno de misterio y de grandeza.

Las esperanzas religiosas de los Judíos relativas al porvenir de su raza y al Mesías que debía tener el imperio del mundo, no estaban confinadas en los límites de la pequeña nación; ellas se habían infiltrado á través del paganismo, ellas recorrían el Oriente, hacían lucir un rayo de esperanza hasta en los espíritus desanimados de la Roma imperial; puede decirse que ellas estaban en la atmósfera: poetas, historiadores, filósofos, sacerdotes y astrólogos mirando el porvenir, todos contaban con ellas.

En un país cuyo nombre no menciona el Evangelio, pero que no puede ser sino la Caldea, la Mesopotamia, la Persia ó la Arabia Petrea,—porque estos países ordinariamente los designa la Escritura con el nombre vago de Oriente, '—los hombres que hacían profesión de sabiduría y que leían en el libro de los astros, para investigar en ellos los secretos del porvenir,—los magos como se les llamaba,—vieron un día en el cielo una estrella.¹

¿Era un meteoro, un astro propiamente dicho ó un cometa? Admirados del fenómeno, interrogaron á las tradiciones de sus abuelos, de sus maestros, é iluminados, sin duda, por una luz divina, reconocieron la señal del gran dominador prometido á la Judea.

El libro de Daniel, en donde estaba marcada la sucesión de los imperios y computado el tiempo de la venida del Hijo del

¹ Cf. Núm. XXIII, 7. Isaias, XII, 2. Jeremías, XLIX, 28. Ezeq. XXV, 10.

² Véase el Apéndice A: *Cronología general de la vida de Jesús*, § 2. *La Estrella de los magos*.

hombre, no debía ser desconocido. Tal vez, aun descendían ellos de Balaam, el profeta pagano que había anunciado que una estrella se levantaría de Jacob, y que un cetro surgiría de Israel.¹

Tres de ellos abandonaron su país y se pusieron en camino para Jerusalem. Su caravana rica y brillante hizo ruido en la ciudad. Ellos se informaban por todas partes, y, sin poner en duda el acontecimiento, que según ellos debía de cumplirse, se dirigían por doquiera, diciendo:—El rey de los Judíos ha nacido, ¿en dónde está? Hemos visto su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.²

Las palabras de esos extranjeros llegaron á oídos de Herodes. El rey se turbó, y Jerusalem, en donde la esperanza del Libertador hallaba siempre almas ardientes, se conmovió.

Herodes, inquieto, convocó inmediatamente á los jefes religiosos y á los doctores, y se informó con ellos del lugar en donde Cristo debía nacer. Todos le respondieron:—En Belem de Judá. Las Escrituras eran formales, la tradición unánime; y un profeta había dicho, sin equivocarse: Y tú, Belem, tierra de Judá, tú no eres la más pequeña ciudad de las ciudades de Judá, porque de ti saldrá el Jefe que gobernará á mi pueblo de Israel.³

Avisado el viejo tirano hizo llamar en secreto á los magos, y se informó del tiempo preciso en que la estrella se les había aparecido.—Id á Belem, les dijo, allí es en donde ha nacido. Buscad al niño, y, cuando le hayáis encontrado, dadme la noticia, á fin de que, yo también, vaya á adorarle.⁴

No parece que los magos hayan penetrado la astucia oculta en las palabras solícitas de Herodes. Ellos ignoraban, sin duda, la historia odiosa de este ambicioso intrigante que no estaba sin pretensión en el papel del Mesías, y que nunca ha-

¹ Números, XXIV, 17.

² Mateo, II.

³ Miqueas, V. 2. La cita no es textual, pero ella da exactamente el pensamiento de profeta.

⁴ Mateo, II, 8 y sig.

bía retrocedido ante el crimen para suprimir á los que podían hacerle sombra en su celoso reinado.

Después de haber oído al rey partieron. Apenas salidos de Jerusalem, reapareció la estrella que vieron en Oriente. Tu vieron una gran alegría al volver á ver su luz. La estrella les precedía, ella se detuvo sobre el mismo lugar en donde estaba el niño. Entraron en la casa, hallaron al niño con María, su madre, y prosternándose, le adoraron.¹

Según la costumbre de su país, ellos la ofrecieron presentes, y pusieron á sus piés las cosas preciosas que ellos habían traído: oro, incienso y myrra.

Evidentemente, hay ahí algo más que un hecho de hospitalidad oriental. Esos sabios venidos de lejos están iluminados por otra luz que la de una vana astrología. La estrella es un símbolo de la claridad de Dios que brilla en la conciencia, y de la inspiración que conduce á las almas á la eternidad. No es á un conquistador futuro á quien adoran los magos en este niño nacido ayer, ellos ven en El al Emmanuel, al verdadero Cristo reclinado en un pobre pesebre; iluminados por el Espíritu, creen y adoran. Ninguna palabra ha llegado hasta nosotros para traducir su fe; pero sus presentes tienen un lenguaje profundo: ellos ofrecen el oro al Rey del porvenir, el incienso al sacerdote, la mirra al inmolado quien, por su muerte, fundará entre los hombres el reinado y el sacerdocio eternos.

Los hijos de Balaam han profetizado mejor que su antepasado, ellos han abierto la vía por la cual han pasado los paganos; la humanidad, en muchedumbre, les ha seguido, ella ha puesto á los piés de Cristo, á semejanza de ellos, el oro, el incienso y la mirra; y, sin cansarse jamás, ella le adora, le suplica, sufre con él, y le ama hasta el martirio.

Herodes esperaba la vuelta de los magos; y ellos mismos, después de haber descubierto al que buscaban, vacilaban en informar al rey cuyos designios pérfidos presentían. Un sueño por el que reconocieron la voluntad de lo alto, les decidió

¹ Mat II. 4.

á no volver hacia él, partieron por otro camino, probablemente por el sur del mar Muerto, hacia su país.

La visita de esos jeques religiosos, su munificencia, sus homenajes, su fe, debieron arrojar alguna luz en la pobre residencia de José. ¿Cómo extranjeros, ricamente acompañados, venían de tan lejos á ver á un niño del pueblo? Todo pasa al aire libre en Oriente, y los rumores debían correr de casa en casa por la pequeña ciudad de Belem; sin duda se pronunció el nombre del Mesías y del Libertador; José debió concebir algún temor: la crueldad de Herodes y su astucia eran conocidas de todos los Judíos.

En efecto, se preparaba una tempestad. Sorprendido de no ver regresar á los magos y sintiendo fallados sus cálculos, Herodes entró en un violento enojo.

El tenía el alma de un cortesano; bajo, vil, ante sus señores los Romanos, era imperioso y duro respecto de sus súbditos. La cólera era uno de los vicios de esta naturaleza desconfiada, ella no se calmaba sino saciándose, y no se saciaba más que con la sangre. El no desterraba, mataba. Desde que se atacaba ó se amenazaba su poder, él no respondía sino con la muerte.

El asesinato es su instrumento de reinado.

Apenas ascendido al trono, pide á Antonio la ejecución de Antígono vencido: Antígono es decapitado.¹ Hace asesinar á todos los miembros del Sanhedrin quienes, durante el sitio de Jerusalem, habían tomado parte contra él y sus aliados romanos; hace ahogar á Aristóbulo, su cuñado, hijo de Alejandra, en un baño, en Jericó, y entrega al verdugo, bajo un vano pretexto de traición, al octogenario Hyrcano, el último de los Asmoneos,² sospecha injustamente á una de sus mujeres, Mariamna: es preciso que ella muera. Las intrigas de Phérras y de Salomé despiertan su desconfianza, respecto á sus dos

¹ Antiq., XV, 1.

² Antiq., XV, 9.

hijos, Alejandro y Aristóbulo: ordena que se les estrangule.¹ Al envejecer, se hizo más cruel y más receloso. Los fariseos, exasperados por su política más antireligiosa y antinacional, conspiran y provocan sublevaciones: se apodera de los dos cabecillas, Julias y Matías, y los hace quemar vivos.²

Cuando vió á toda Jerusalem commoverse con el pensamiento de un Libertador que acaba de nacer, el viejo déspota, bien pronto tomó su resolución: Que se le aprehenda y que muera. ¿Pero cómo descubrirle? Sus satélites lo intentan vanamente. Belem fué el objeto de pesquisas disimuladas. La violencia de Herodes aumentó con el fracaso de sus investigaciones; no vaciló ante una medida radical y revolucionaria, y aquel que había marcado por un asesinato casi todos los años de su reinado, aquel, que antes de morir, hizo matar á uno de sus hijos, aquel, que viendo aproximarse su fin, y temiendo que nadie llorase en sus funerales, había ordenado el asesinato, en el circo de Jericó, de los principales jefes de su ejército, mandó degollar á todos los niños de pecho, en Belem y en los alrededores.

En esto se reconoce por completo al tirano, colérico y feroz.

La colina en donde descansa Raquel, se llenó de sangre y de lágrimas, los lamentos de las madres llenaron los valles. Es preciso haber visto los duelos en Oriente, escuchado los gritos, los sollozos, al rededor de las tumbas recientemente abiertas, para imaginar la angustia de esas mujeres rhusando ser consoladas, porque sus hijos ya no existen. Herodes, después del asesinato de las criaturas de Belem, pudo dormir contento. Creyó haber sofocado con la sangre todas las esperanzas siempre crecientes del pueblo.

Se engañaba.

Herodes no logró más que señalar con una aureola sangrienta la cuna de Jesús: hèle aquí escoltado de una filange inmaculada de mártires; otros seguirán por legiones á esos ino-

¹ Antiq., XVI, 18.

² Antiq., XVII, 6.

centes degollados; el camino de Cristo á través de la humanidad es un camino de sangre; todos los que quierau seguir al Crucificado serán consagrados como él, á la persecución homicida, en este mundo en donde nadie ha sido más contradicho que el mismo Dios.

Jesús escapó á la cólera de Herodes.

Después de la partida de los magos, José fué advertido por Dios. La misma voz que le había hablado en sueños, en la hora de su matrimonio, le habló de nuevo:

"Levántate, le dijo, toma al niño y á su madre, huye á Egipto. Herodes va á buscar al niño: quiere perderle."

José se levantó, tomó al niño y á su madre, en la noche, y partió á Egipto.

¿Cuáles fueron los incidentes de ese largo viaje? ¿En dónde llegaron á fijarse los fugitivos? El Evangelio no nos dice nada. El único detalle que suministra es relativo á la duración de la residencia: ellos permanecieron ahí hasta después de la muerte de Herodes.

La leyenda, en revancha, no ha economizado ninguna fantasía, y los apócrifos han aglomerado lo maravilloso en este período del destino de Jesús niño. Las bestias feroces, los leones y las panteras, se dulcificaban como corderos ante él; las palomas se inclinaban á su paso, las flores nacían en su camino, las fuentes brotaban en pleno desierto, para refrescarle, la ruta se acortó, las distancias se borraron, los ídolos se rompían á su aproximación, los demonios huían, los poseídos fueron libertados, y el Niño-Dios multiplicó en derredor de El las maravillas que revelaban su divinidad.¹

La historia no sabría aceptar esas narraciones extrañas, y la Iglesia nunca las ha sancionado. Tradiciones de una remota antigüedad y que aun están vivas en la Iglesia cophta, en Egipto, nos enseñan que la sagrada familia hizo parada bajo

¹ Mateo, II, 13.

² Cl. Evang. Arabe de la Infancia.—Historia del nacimiento de María.—Hist. de José el Carpintero.

los sycomoros de Heliópolis, cerca de la fuente de Matarëa, y se fijó primero en la entrada de Memphis, en el viejo Cairo. Véase ahí todavía una iglesia muy antigua, construida en recuerdo de la permanencia de Jesús. Los cristianos cophtas la sirven y no dejan de mostrar á los visitantes, en la cripta, los tres portales consagrados á Jesús, á María y á José.

El destierro de Egipto no salvó solamente la vida amenazada de Jesús, él comenzó á formar en derredor suyo y sobre el silencio y la paz que nada turbará, hasta el día de las grandes luchas. La estrella de los magos desaparece, las voces proféticas se callan, el cielo se vela, la humilde familia se pierde entre la multitud, el padre y la madre guardan solos, como un tesoro oculto, el misterio de Jesús.

El año siguiente (750-751), murió Herodes. Sin embargo, José, establecido con los suyos en la colonia judía de Memphis, no parecía tener prisa de volver á Judea. Una inspiración le advirtió volver á la tierra de Israel, volvió á pasar la frontera de Egipto con el niño y su madre; pero al saber que Arqueláus, el nuevo rey de Judea, continuaba la política opresiva é impía de su padre,¹ juzgó prudente no habitar ahí.

La Galilea y la Perea estaban mejor compartidas; ellas tenían por tetrarca á otro hijo de Herodes, Antipas;² este príncipe amigo del fausto, y además de un carácter benévolo, emprendió fundar dos ciudades, Tiberiades y Julías, y trató, por la dulzura y el liberalismo de su gobierno, por el lujo de los edificios públicos y diversas ventajas materiales, atraerse lo más posible á los habitantes de las provincias vecinas.

Un sueño reveló á José que debía retirarse á Galilea; y regresó entonces á Nazareth en donde estableció su residencia. En este pequeño país, despreciado de los Judíos al grado de haber pasado en proverbio como incapaz de producir nada bueno, es en donde Jesús crecerá desconocido. El será llamado el

¹ Antiq., XVII, 13.

² Antiq., XVII, 11.

Nazareno. Ese nombre recuerda una idea y una expresión familiares á los profetas, cuando ellos hablan del Mesías: —“He aquí al hombre,” decía Zacarías, “El que Germina,” tal es su nombre.”³ —“Yo haré nacer de David un germen santo,” habla dicho Jeremías.⁴ E Isaías, había visto, el primero “Un Renuevo brotar de la raíz de David.”⁵

¿Jamás se ha levantado, en efecto, no solamente de la raíz davídica, sino de la raza humana, un ramo florido semejante á Jesús de Nazareth?⁶

¹ En hebreo: *Netszer*, renuevo, flor.

² Zacarías, VI, 12.

³ Jeremías, XXII, 5; XXXIII, 15.

⁴ Isaías, XI, 1.

⁵ La palabra empleada por Jeremías y Zacarías, no es *Netszer*, sino *Tsemach*; la expresión difiere, la idea es la misma.